

## Mensaje al pueblo español del Presidente del Gobierno Español en el Exilio

Hace tres años que acepté la gran responsabilidad de la jefatura del Gobierno Republicano por amor a España y no por ambición política. Hice un llamamiento a todas las fuerzas sociales y a todos los partidos del interior y del exilio para llegar a una solución que permitiera resolver el gran drama nacional. Expliqué a los españoles el auténtico significado histórico de la guerra civil, retrasado proceso hispano equivalente al padecido por los pueblos que, tras superar sus coletazos, han creado la civilización contemporánea. Anoté el fracaso del régimen que cultivaba y sigue cultivando el miedo de los españoles a los desastres de la lucha y estaqué su incapacidad para resolver el problema de España.

Mis palabras han sido confirmadas por la realidad. Durante los tres años transcurridos el problema de España sigue sin resolver. En el mundo pesamos hoy menos que muchos de los llegados ayer a la independencia, no obstante nuestros grandes servicios a la cultura universal. Se ha intensificado la invasión y el señoreamiento de la economía nacional por empresas y consorcios extranjeros, tanto como en cualquier país de los que se han abierto ayer a la vida libre después de siglos de explotación colonial. Cientos de miles de españoles trabajan en cambio en Europa cumpliendo las más duras tareas, en condiciones a veces indignas. Y se ha acentuado el fracaso del régimen en todos los aspectos de las actividades sociales y políticas de la comunidad nacional.

No quiero detenerme a detallar uno por uno esos fracasos; importa, si, enumerarlos. Se manifiestan en la vida religiosa, en la captación de la juventud y de los intelectuales, en la organización sindical, en el régimen agrario, en la articulación regional, en la economía, en la vida civil de convivencia ciudadana, en la organización jurídica del Estado, en la depuración de la corrupción administrativa, en la preparación de los españoles para el regimiento de sus destinos y en el orden internacional. para no citar sino los principales.

La dictadura ha visto alejarse a buena parte del clero inteligente y joven, temeroso de la mancha que su colaboración arrojaba sobre él y de la imposibilidad de cumplir a su sombra su auténtica misión pastoral; ha comprobado el distanciamiento del Vaticano bajo los últimos Pontífices y ha tenido que admitir, vergonzantemente, la libertad de cultos.

No se ha dado un sólo paso hacia la reconciliación de los españoles, es imposible el diálogo entre ellos y siguen manteniéndose en caldos de cultivo los odios sembrados por la lucha. Es notoria la reacción nacionalista, provocada por la persecución centralista, en Cataluña y en Vasconia que la republicana autonomía había integrado a satisfacción de todos en la unidad hispana.

Todos los intentos de envenenar a la juventud para domesticarla y apartarla de las inquietudes políticas han sido vencidos por las mentes y los corazones juveniles. Los intelectuales, incluso muchos que la habían servido con entusiasmo, se han alejado de la dictadura y la han acusado o combatido; una vez más los cultores de las disciplinas del espíritu han buscado en España caminos de libertad para la vida colectiva rompiendo los valladares injustos del poder.

Las masas obreras luchan valientemente contra los sindicatos verticales torpemente imitados del nazismo, se organizan clandestinamente, resisten represiones y cárceles y emigran para poder ganar fuera de la patria jornales remuneratorios; hay pueblos donde no quedan sino las mujeres y los ancianos.

Prelados y hombres de negocios reconocen la injusticia de las estructuras sociales agrarias; y sus sojuzgadores en algunas regiones empiezan a tener el mañana e intentan liquidar sus viejos dominios casi señoriales asociándose a compañías extranjeras. El crecimiento de la riqueza española no sólo es inferior al de los pueblos de Occidente, lo es incluso frente al de naciones como Polonia que fueron arrasadas por la guerra pasada.

Pérdura el régimen personal y policiaco, arbitrario y cruel, de siempre, sin que se haya iniciado la auténtica liberalización de la vida pública, pues no cabe confundir la liberalización intencionada con el torpe aplanamiento por temor a la opinión internacional hostil. Nada se ha hecho para castigar la muy conocida lacra de la corrupción de la vida pública, desconocida en España durante la monarquía liberal y durante la república, y que ha descendido desde las altas jerarquías estatales hacia abajo.

Sigue deformándose la conciencia nacional al escamotearse o desfigurarse la verdad en la información que se ofrece al pueblo, a diario, sobre la realidad teórica y fáctica del mundo y de la patria; incluso se prohíbe la entrada en el país de moderados diarios extranjeros a fin de que ni siquiera se filtre la luz hasta las minorías ilustradas.

Han sido inútiles los mendicantes esfuerzos de la dictadura para ingresar en el Mercado Común, cerrado a los pueblos que no viven democráticamente; ha visto endurecerse la actitud de sus grandes valedores de uno y otro lado del Atlántico cada vez más altaneros y displicentes frente a ella, no obstante su creciente servilismo; ha fracasado en su política hispanoamericana. Y sin esfuerzo podría seguir registrando las desdichas de España que no tienen remedio mientras perdure el régimen acaballado sobre ella tras la lucha.

No podía ocurrir nada distinto. Un gran pensador hispano de religión islámica, Ibn Hazm, dijo hace nueve siglos que «la flor de la guerra civil es infecunda», e infecunda ha sido la que ellos y no nosotros suscitaron. Nadie cree hoy en España —ni siquiera quien lo pregona en sus discursos—

en la posible perduración del sistema político que agoniza al sur del Pirineo. Los españoles debemos disponernos a enfrentar el gran drama del establecimiento de un régimen que permita a todos la vida limpia y libre dentro de la ley, es decir de la República. He dicho muchas veces que si hubiese debido elegir un pensamiento como divisa o mote de mi vida, habría preferido la frase de San Pablo, «Ubi spiritus Domini, ibi libertas», porque creo con el Apóstol que donde no reina la libertad no sopla el espíritu de Dios.

Amo a España con pasión. No dudo de la capacidad de los españoles para hacer lo que hayan hecho y hagan los pueblos más inteligentes y activos de la tierra. Podemos igualarlos si deponemos nuestras querellas y reconciliados y viviendo democráticamente, aplicamos todo el potencial humano que existe en nosotros a la vida de la patria. He escrito: «El hipe individualismo de los españoles puede conducir a la anarquía o puede ser un impulso creador, si se logra transmutarlo en individual emulación y en fuerza selectiva y se destila de él lo que en él hay de confianza y la propia acción de cada uno y de espíritu de empresa.» Y he dicho también: «Las inclinaciones temperamentales de una comunidad histórica no son eternas. Pueden ser superadas por la inteligente acción de los hombres siempre que la conciencia histórica de la colectividad ponga tensos los resortes de la voluntad nacional.»

Todos los pueblos han pasado crisis agudas que han logrado superar y ahí están, dueños de sus propios destinos y viviendo prósperos dentro de la ley y de la paz republicanas: los Estados Unidos, Francia, Alemania, Italia... Todos después de padecer un día trágicas horas de discordia civil y algunos después de crueles derrotas militares.

La libertad es una meta y un camino: una meta para quienes no la poseen y un camino para proseguir la propia ascensión histórica. Los españoles necesitamos restaurarla para reiniciar nuestra marcha a tono con las corrientes ideológicas de los tiempos y dentro de Europa de la que formamos parte activa y de la que podemos volver a serlo, interviniendo en sus empresas culturales, militares y económicas con el rango que nos corresponde. ¿Quién puede vacilar entre seguir arrastrando una fantasmal vida marginal humillante y recuperar la dignidad hispana?

Nada me sería más fácil que trazar las líneas de nuestros proyectos de libre democracia social, incluso por la Iglesia propugnada hoy, conforme reclaman el interés de España y los cambios de los tiempos. No me sería tampoco difícil excitar a la revuelta y a la lucha con ásperas palabras condenatorias de la tiranía actual que sojuzga nuestra patria. De intento, sin abdicar de mis ideas sobre la organización social y política de la España futura, sobradamente conocidas para ser reiteradas, aun trueque de incurrir en la cólera de quienes en las dos Españas hacen de la violencia ley de vida, quiero hoy lanzar un llamamiento dramático a los españoles que pueden acelerar la inicial solución del gran problema hispano y poner fin al régimen vergonzoso que tiene detenida la historia de España.

La historia nos enseña que los emigrados, cualquiera que haya sido su signo político, han vuelto siempre moderados y transidos de amor a la patria y a la paz, y confío en que no habrá pájaros hogaño en los nidos

antano calentados por la saña de las fuerzas estáticas de la vida española, porque parece que a la postre muchos han aprendido que no es posible detener el correr del tiempo histórico. Los españoles decidiremos mañana de nuestros destinos por sendas de paz. Pero es perentorio el plazo para empezar la vida nueva. La perduración del régimen que tiene estancado y malgasta el potencial vital de España va lanzando a la desesperación política, con sus inevitables extravíos, a grandes masas de españoles. La historia le juzgará sin duda con dureza y es seguro que le maldecirán las próximas generaciones, e incluso sus más fervorosos aduladores de hoy. Necesitamos remplazarle pronto democráticamente. La democracia ofrece riesgos, claro está, pero son mayores los que acumula año tras año la tiranía para un futuro que no es posible suprimir. Podemos encauzarlo inteligentemente. Es necesario superar la brutal bipolarización política que ha caracterizado nuestra vida histórica desde hace siglo y medio, en una síntesis dialéctica, pareja de la que han conseguido los otros pueblos de Occidente.

España necesita de todos sus hijos. A todos me dirijo. Insisto en que no me importa ser lapidado por quienes a uno y otro lado de la barricada sienten aún palpitar en sus corazones sañas crueles. Callan quienes estarían más obligados a predicar la reconciliación y la vuelta a la paz en democrática libertad que me atrevo a llamar cristiana. No podemos guardar silencio nosotros. Quiero que mis palabras lleguen a la conciencia de todos los hermanos españoles. Si mi aldabonazo no halla eco en quienes pueden decidir de la suerte de España, cuya será la responsabilidad de la, en tal caso, inevitable trágica crisis futura, y ellos y los suyos sufrirán mañana las consecuencias de su error o de su cobardía. La juventud española se ha puesto en pie. Pronto lo estarán otros estamentos y grupos sociales. Los españoles han perdido el miedo a la tiranía. Pueden mudarse los destinos de España sin derramar una gota de sangre. Existe dentro y fuera del solar nacional un equipo de hombres limpios ya unidos y que pueden enfrentar el porvenir. Y estoy seguro de que son muy pocos los españoles que no desean la vuelta a la vida libre de España y la puesta en marcha otra vez de la historia patria.

«Quienes puedan oír que oigan.»

CLAUDIO SANCHEZ-ALBORNOZ

Mayo de 1965.

**El Gobierno ruega y agradece que se le dé a este documento la máxima difusión.**